

El Corpus Christi de Buenavista El Retiro

Víctor Negrete Barrera



El Corpus Christi

Frente de El Retiro de los Indios en el municipio de Cereté, con el caño Bugre de por medio, estaba Buenavista El Retiro. Era un pequeño pueblo de 65 casas y 140 años de edad. Su única calle larga corre paralela al caño. No es recta porque el caño viene dando vueltas y más vueltas hasta ir a perderse en la ciénaga Grande del bajo Sinú. Las casas las distribuyen a lado y lado de esta calle, a un costado o al final de callejones y caminitos. Todos los patios y algunas diminutas parcelas las mantienen atestadas de frutales y cultivos de pancoger. No faltan las hortalizas ni las flores. Y con el simple batir de las alas de pájaros y mariposas es suficiente para dispersar la fragancia de la flor del amor y el azahar de la india.

Siendo todavía un niño a Simón Otero Negrete lo trajo su familia del municipio de Sahagún a esas espesuras que era entonces el lugar. Por esta razón lo consideran uno de los fundadores del pueblo. Y al que más le recuerdan porque fue él justamente quien encontró la imagen bendita un día cualquiera de

Había estado desmalezando desde bien temprano. Cuando el sol asomó por encima de las copas de los árboles, lo encontró dándole machetazos a un bosquecillo de matas espinudas que al parecer no le hacían mella los golpes que recibía del niño. Lleno de coraje multiplicó los golpes pero perdió el equilibrio y cayó arrodillado en medio de tantos alfileres que le penetraron la carne con avidez.

Con mucho cuidado y dolor se hizo a un lado y comenzó presuroso a sacar aquellas puyas que le maltrataban cada vez más. Lloraba de rabia. Tal vez por esto no vio ni sintió los resplandores intermitentes que le llegaban a la cara, como si alguien con un espejo tratara de llamarle la atención. Solo cuando terminó de sacar la última de las espinas notó la molestia en los ojos. Los cerró con fuerza y maldijo no sé a quién. Pensando que aquellos destellos habían cesado los fue abriendo lentamente. Notó que salían de un arbusto cercano y la luz ya no molestaba. Se levantó con cuidado, buscó y encontró un objeto del tamaño y forma de una hostia. Parecía vidrio esmerilado o de ese material donde quedan impresas las tomas de rayos equis. En todo caso lo guardó.

Cayó en cuenta apenas llegó a la casa que no sentía ningún dolor en las rodillas agujereadas. Pasó el tiempo y el objeto seguía guardado, al parecer olvidado por el dueño convertido en un joven fuerte y buen mozo. Hasta que un día, buscando un dinero extraviado dio con él por casualidad. Lo recordó y miró con detenimiento. Descubrió asombrado la imagen nítida de Corpus Christi. Asustado y alborozado llamó a la gente para que también vieran aquello. Muchos llegaron y vieron. Pero no todos tenían la fortuna de descubrir la imagen impresa en eso que parecía hostia. Alguien lanzó la explicación que solo podían verla los que no tenían cuentas pendientes con el cielo. Algunos más compasivos aseguraron que todo era cuestión de saber verla, es decir, saber colocar el objeto en la posición y distancia precisa.

En todo caso la noticia se regó como las fragancias de las flores, ahora movida por los vientos de muchísimas bocas que la llevaron en poco tiempo a todos los sitios donde había gente. Y llegaron las romerías a comprobar lo que decían y, si era cierto, pedirle de una vez la realización de milagros mediante el pago de mandas.

Hubo necesidad de arreglarle un modestísimo altar en uno de los cuartos de la casa para que la gente le rezara, le pidiera lo que necesitara, le prendiera velas y le pusiera flores donde encontrara un lugarcito desocupado. Un cura que llegó en cierta ocasión dijo que el objeto pertenecía a la custodia de una iglesia cercana. Intentó llevársela pero el pueblo y refuerzos de otros pueblos que se encontraban haciendo sus solicitudes a la imagen, se opusieron de una manera tan enardecida que el sacerdote desistió de la idea y terminó obsequiándosela al pueblo y bendiciéndola con los ritos indispensables, no sin antes prometer que haría lo posible porque la iglesia reconociera oficialmente lo sagrado y milagroso de la imagen.

Con el reconocimiento de este sacerdote y de uno y otro que siempre llegan, sin mencionar las religiosas, el pueblo de Buenavista El Retiro, decidió por unanimidad escoger la imagen de Corpus Christi que a veces aparece en esa laminilla semejante a una hostia como su patrono por toda la vida. Y lo primero que acordaron fue no dejarlo salir nunca del pueblo, mantenerlo establemente en casa de los sucesores de Simón Otero Negrete, celebrarle fiestas en su día y construirle una ermita en la plaza para que pueda observar desde allí todo cuanto hacen en su honor.

La fiesta dura dos días y es preparada por una junta. Hay casetas, fandangos, carreras en caballos, peleas con gallos y muchos otros números que llaman la atención de propios y extraños. Durante la procesión por las calles y la plaza del pueblo la banda de música acompañante debe interpretar únicamente aires musicales suaves y agradables, dignos de la imagen de Corpus Christi.

Lo extraño, lo que nadie explica, es por qué llueve siempre la primera noche de la fiesta y la plaza se inunda de tal manera que a la gente le llega el agua hasta las rodillas. Todos los años es así. Y ya todos los que van a la fiesta la primera noche van preparados con pantalonetas, pantalones recortados y blusas y peinados adecuados. Y esa misma noche con el agua hasta las rodillas, bailan fandango y en los momentos de reposo musitan oraciones a una imagen que parece gozar con el agua de la inundación.

Montería, 1983